

EL BAILE DE LOS DIABLOS

Nunca sabré cuántos éramos. No pocos, eso sí. Muchos miles de miles hacen falta para llenar cerros como éstos. Arracimados, nos apretábamos más, piel a piel, para dejar campo a algún implorante rezagado. De vez en vez, una piedra floja, un gordo, dos amantes retozones, abrían el camino a una avalancha sin frenos. Un pedazo de ladera se despoblaba, por unos minutos apenas. Los desbarrancados, blancos de tierra, arañados por los feroces yuyos nuestros, golpeados por cuanta piedra y cuerpo les había acertado, trepaban como una tormenta de hormigas furiosas.

Cuando ya ni una mirada cabía comenzamos a apedrear a los retrasados. Oscurecimos el cielo piedra a piedra y más de uno encontró allí sepultura. No muchos. El susto alejó a los otros y pudimos tejer y destejer tranquilos las horas de la espera. No fueron horas, de eso estoy seguro. Soles fueron. Unos quince, creo. O más. Anduve preguntando, cien me dijeron aquí, quinientos allá. ¿Quién sabe? Quince, cien, quinientos soles esperamos, los ojos agarrados al lomo de la montaña alta, tan alta que no cabía en el cielo. Oscura, con paredes verticales hasta el vértigo, era, es el horizonte primero y último. Ríos negros paría, nubes sin márgenes que nos maldecían los campos con lluvias despiadadas; vientos calientes, cargados de polvo y yuyos filosos.

Los vientos anunciaron el comienzo. Más fuerte que nunca llegaron y abrazaron a muchos desprevenidos. ¡Ay de los abrazados por esos brazos! En el aire mismo se secaban, cenizas, nada eran. No hablo por noticias, con estos ojos los vi revolcarse hacia arriba.

Las ráfagas arrastraron el sol. Fue la noche. Asustadas titilaban las estrellas a lo alto. Una a una las barrieron los vientos. De a puñados rodaron horizonte abajo, sin una queja, débiles luciérnagas apenas sostenidas en un cielo atroz.

Cuando nada quedaba por apagar (el pobre brillo de nuestra mirada no contó nunca), cuando una sombra confundía piedra, cielo y cuerpos,

cuando solo el rumor de nuestra sangre balbuceaba presagios, la montaña abrió piernas sin márgenes y empezó a parir legiones de diablos.

Océanos de luz nos sangraron los ojos, ni de sol ni de estrellas, que diablo también alumbraba. Temblábamos los mirones, llorábamos. ¿Y si se nos vienen? ¿Y si por divertirse nomás nos buscan? No vinieron. Era su baile. Diablo de baile no caza. Ni de baile ni nunca. Espera. Más tarde o más temprano uno va hacia él.

Se incendió la montaña. Un río de diablos quemó los yuyos que se consumieron sin un mísero crujido, quemó miles de quirquinchos (no iban muy lejos con las patitas cortas, se asaban dentro de sus caparazones y eran ceniza) (¿y ahora con qué vamos a hacer los charangos?, me sopló el Jaime a la oreja); las arañas buscaban alejarse a los saltos y en el mismo salto se volvían llama, chispa, nada; serpentinas de fuego eran las serpientes, enroscadas sobre sí mismas, como queriendo morderse la cola; ardieron cielo arriba los pájaros, ardieron las alitas del jilguero y del hornero; ardieron abiertas las del águila, ardieron furiosas las del buitre, ardieron serenas las de la urraca.

Nada vivo quedó el en camino; los diablos iniciaron su baile. Nada vivo, que nosotros no contábamos. Ni un sonido, ni una música nos trajo la noche. Baile de diablo es de fuego, ¿ha oído alguien la música que mueve las llamas?, ¿hay alguien que no las haya visto bailar? La montaña toda bailaba, con sus piernas abiertas en el esfuerzo de parir legiones de antorchas, que cada diablo era una. Oleadas rodaron gozosas por los cauces malditos de los ríos, treparon las verticales paredes en las que nunca un pie humano se animó a buscar desventuras, hicieron cima y la montaña toda fue una antorcha, la más grande del universo. Las llamas amenazaron volver cenizas el paraíso, interrumpir la contemplación de las almas con la que sueño Agustín, adueñarse de ese espacio del que fueron arrojados el Príncipe y sus legiones en los comienzos.

Pero todo era fiesta. Diablo de fiesta no pelea, juega a la guerra, a la conquista, pero no guerrea ni conquista.

¿A ver solo esto vinimos?, rumorábamos los mirones cansados de tanto fuego. Nadie intentaba irse. Presentíamos que esa antorcha había sido tejida para algo. Además, ¿adónde ir? Cuando estábamos fatigados de llamas la montaña cesó en su parto y los diablos, en perfectas formaciones, iniciaron danzas y contradanzas que casi nos hicieron estallar en aplausos. Y estallamos nomás, golpeamos las palmas hasta la sangre, nos aturdimos con nuestro propio ruido. Para nada, los otros seguían en lo suyo, ni uno

solo volteó a vernos.

Fue entonces cuando la montaña desgarró su vientre en un quejido final y el Príncipe asomó entre sus fatigadas piernas. Más que mil soles resplandeció al frente de sus legiones. Caído, maldito, pero ángel al fin, partía en dos la montaña con su cuerpo vertical, perfecto, figura infinita que no nos cabía en la mirada. Alzó los brazos y creímos, todos creímos, que ahora sí alcanzaría el paraíso. No quiso, es todo, era su fiesta.

"Akelilí", gritó el Príncipe. "Akelilí", respondieron las antorchas. "Akelilí", gritó el Príncipe. "Akelilí", respondieron las antorchas. "Akelilí", "Akelilí", "Akelilí" gritamos nosotros hasta desgarrarnos las gargantas.

Y bailaba la montaña de llama en llama, y giraba como si no tuviera cuerpo en torno del Príncipe. Y de este lado la danza empezó a poseernos y éramos un solo cuerpo y una sola voz: "Akelilí", "Aquelilí". Y algunos se animaron y después todos nos fuimos derecho al fuego a hacer pareja con las antorchas.

Que diablo de fiesta no caza. Espera y al final uno va hacia él.

ORURO

A don Juan Dragui Lucero,
por la lectura incesante de nuestros
duros espacios serranos.

Querido Juan,

he releído El Bailarín de la Noche, que usted escribiera hace más de 20 años, y me ha vuelto a colmar de miedos y de recuerdos esa imagen suya del Diablo bailando ante una asamblea de muertos en la Cueva de la Salamanca en su noche del sábado.

Puedo escribir de memoria los dos primeros párrafos

"Yo, en mí mismo, asisto a la función. Afiebrado palabrerío andante me empujó a la pasión por verlo, por remirarlo más allá del apagamiento de mis ojos; encontrarle faltas, señalarlas en su desmedro. Conllevado por la procesión nocturnal pude llegar. Y aquí estoy yo, apostado entre los mirones ansiosos; todos con las caras apretadas contra las aristas del escenario donde el bailarín sospechado acudió a la citación del Arte.

El escenario en penumbras presenta al artista en la palma de su mano humosa, emergida de los hondos de la tierra. Y él acudió, todo vestido de negro, chalina terciada al hombro. Sombrero negro, de anchas alas, más oscurece la ensombrecida oquedad de sus ojos."

Y recuerdo este otro párrafo:

"Llena la noche de los mirones con sus mudanzas y acallados zapateos. Destellos astrales bajan a sus pies; quedan en lo oscuro su rostro y su cuerpo en danza. Lo tapujan mantos de penumbra, desdibujando los contornos del bailarín supremo. Sus filigranas en las

aristas del Arte laborean escarceos de amor en duelo; trazan fantasías de sueños en jardines de pesadillas."

Hemos hablado muchas veces de su bailarín allá en Mendoza, Juan. Le he repetido siempre que de toda su maravillosa obra (desde Las Mil y una Noche Argentinas en adelante) esas apenas cuatro páginas llenan un espacio inmenso en la literatura andina, porque hay en nuestra Argentina una literatura andina, poco conocida, pero no menos valiosa.

He utilizado una y otra vez en los cursos que me toca coordinar por América Latina sus páginas y me he apasionado por explicar ese espacio que usted va pintando, el de las montañas altas como cielos, capaces de guardar legiones de diablos.

Casi no sé nada de los diablos del trópico, deidades menores, de pocas raíces, como los árboles de por allí, serán. Usted imaginó (¿vio?) al más celebrado bailarín criollo:

"Sabemos quien es él, de donde emergió el Bailarín de la Noche. Como él, nos silenciamos en las sombras".

Usted vio un solo diablo, Juan, capaz de cautivar a tanto muerto. Yo vi docenas, cientos, contoneándose ante muchedumbres delirantes. Usted vio un solo diablo, de mirada sombría, el poncho negro, el sombrero aludo volcado sobre la frente,

'...orlado de mudanzas olvidadas, de estilos perdidos"

Yo vi seres deformes, con ojos del tamaño de dos puños, salidos con violencia, las gruesas venas rojas surcando los globos, las pupila gris o de un negro rabioso. Vi sus cuerpos acordoneados, sus dientes disparejos, agudos como lanzas, arañas negras, verdes, en las mejillas, un cetro en la mano, serpiente o dragón, con fauces abiertas, capaces de tragarse a un inocente. Vi sus cuernos terminados en cabezas de serpientes o dragones, rojas las fauces abiertas, verde biliosa la piel, muchas cabezas, cada diablo terminado en una hidra. Cientos, miles. Solo una montaña tan grande puede albergar tanto diablo. Las manos enguantadas, rojo y negro, uñas atroces, la espalda surcada de jorobas puntiagudas, como los dragones que nombró Agustín.

Dueños de la calle los diablos. Abrían el camino dos tan altos y perfectos como los soñados por Milton. Me paré cerca de ellos, caminaban erguidos, vertical la espalda, una ancha capa desde los hombros bordada de

dragones, monstruos ni siquiera soñados por el Bosco, arañas gordas, como dispuestas a saltar encima de cualquier mirón.

Pasaron primero los diablos bailarines, miles, en danza y contradanza, tan ágiles que apenas si rozaban el suelo. De la familia del suyo éstos, seguro. Recuerdo sus palabras, Juan, y valen para los diablos de avanzada en ese desfile infernal:

"Todos los mirones lo vemos desenredar su palabreo plástico al son de músicas remotas: sigue el hilván musical con pies cariciosos..."

Así iban los míos, como un susurro sobre la calle, apenas sobre la tierra, apenas sobre sus pies, todo el cuerpo, el terrible cuerpo cogido por la danza.

Pero diablo no solo es belleza, Juan. Detrás llegaron los otros, con cuerpos reptilíneos, sin capas, bamboleantes, contoneantes; el acordeón de la piel quebrándose a un lado y a otro; la espalda encorada, los pasos cortos, un látigo en la mano con el que arreaban montones de diablitas. Mujeres eran, los diablos son deformes pero aman las formas. Diablitas de cara descubierta, diablitas sensuales, diablitas como ángeles.

Entre ese torrente de deformas y formas pasó la China Zupay, la gran mujer del Diablo, con sus ojos amarillos, desorbitados; con su vestido de un amarillo más violento, chillante, sobre un cuerpo que no me cabía en la mirada, y bailaba la China como sino lo tuviera, valseaba de un rincón a otro de la calle, tomado el inmenso talle por un infinito brazo de un bailarín invisible; se contoneaba frente a los diablos que la seguían regando baba.

No recuerdo música en su bailarín. ¿Solo figuras silenciosas ven los ojos de tanto muerto? ¿Era sombra, fuego, ese diablo sobre el fondo de la cueva?

"El Bailarín de la Noche ofrenda su última maestría del Baile, pero ya es sombra en las sombras finales".

No se oyen en su escrito ni el chasquido del poncho ni el golpe de los pies en el zapateo. Danza muda, miradas mudas las de los mirones.

Mis diablos no. Gritaban a coro, rugían al sol, a la noche, golpeaban la única espuela, plantaban en un solo ritmo el pie sobre la tierra. Y el ritmo lo daban cientos de orquesta recortadas entre el desfile. Humanos los

músicos. Toca para el Diablo el hombre la música que él le pide. Pasaban algunas orquestas graves, serenas, entregadas al borboteo del instrumento. Otras se animaban, se contagiaban de los diablos y se movían con la elegancia de los bailarines o con el bamboleo de los reptilíneos.

Ninguna cuerda se oía. Los bombos empozaban las pisadas, los tamboriles martillaban las sienes, los oscuros clarines contrapunteaban con los trombones. Ninguna cuerda, para fiestas menos brutales dejarán guitarra y charango los diablos.

Recuerdo a un músico, los platillo tocaba. Los hacía estallar en el aire, saltaba para eso. Luego se acuclillaba, hacía estallar las piedras, con los instrumentos bocabajeados. Recuerdo a otro, enrojecido, los ojos a punto de rodar por la calle, soplando un saxofón, hinchadas las venas del cuello.

¿Puro diablo, mujeres, orquestas vi? No Juan. Poder es poder. Si Diablo sale a la calle saca a pasear todo lo suyo. Entre una diablada y otra pasaban los caporales. Usted sabe, Juan, mucho de ellos, les conoce las mañas, les ha seguido los pasos allá en Cuyo. Diablo es diablo, Juan, y hombre también es diablo. Cuerpo, manos, ojos de hombre tenían esos diablos. ¡Era de verlos! Violentos, orgullosos, el sombrero aloso sobre la espalda, las botas negras, brillantes, dos espuelas, que el Diablo se sabe también disimular; un látigo cortante en la mano; gozosos pisando fuerte sobre una tierra que nadie acaba de quitarles. Rostros sanguíneos, jóvenes, cortados aquí y allá por un robusto y peinado bigote; bronceados por un sol bajo el cual no trabajan, se carcajeaban los caporales.

No venían solos. Abrían sus cabriolas mujeres con botas ceñidas por encima de las rodillas, los tacos altísimos; altísimas también las caporales. Se contoneaban frente a los mirones, besaban el aire con gruesos labios pintados.

El infierno tiene sus encantos, Juan. Aunque quién sabe, aunque tal vez eso le van mostrando a los mirones para atraerles los pasos.

No venían solas tampoco ellas. A veces adelante, a veces atrás, brincaban orgullosos los niños caporales. Los cuerpecitos erguidos, agresivos los varones, andar sensual las pequeñas. El Diablo sabe de trampas, entreteje sus senderos también entre los niños.

Críe usted un angelito entre caporales y se hará caporal. ¿Hay otra alternativa?

Latiguitos llevaban los chicos en la mano derecha, botas brillantes, sombrero aludo. El poder es dulce para los labios que lo saborean, aunque sean labios de niño. La mancha del padre mancha al hijo y el pecado original no fue nunca solo el de la carne; pecado es disponer de fuerzas y vidas ajenas. Como fuerzas y vidas de negros y de indios.

Los negros. Usted conoce Juan. Usted fue el primero en mostrar los juegos de aquel Ejército Libertador en que podían ser canjeado un blanco por cinco negros, un hijo de caporal por cinco no era mal negocio. Guerra es guerra. Contaban más diez brazos recios que dos amariconados.

¿Desvario? ¿Pierdo nortes? No. Negro es infierno también. ¿Los ha visto bailar? Diablos negros brotaron de todos los rincones de la tierra. Brasas sus ojos, brasas de un fuego oscuro, los cabellos cerrados en rulos. Al frente iba uno de cuerpo inmenso, casi tan alto como los diablos más altos. Tenía la ropa blanca y negra, negra y blanca, repleta de cascabeles. Él era, Juan, su misma orquesta. Agitaba los brazos y los cascabeles estallaban en agudos; quebraba las caderas y ahullaban, ululaban sus largas piernas; eran los cascabeles gargantas de las que brotaba el repiqueteo de cien mil palmas delirantes.

Detrás, frenesí violento, negros y negras quebraban hasta el horizonte con sus contoneos. Maracas y tambores, un tam-tam capaz de agitar al más muerto, las piernas desnudas, perfectas de las mujeres; las caderas libres de cualquier atadura, los dientes enormes, desparramados en carcajas; los brazos alegres, ya enlazados, ya dibujando geometrías imposibles en el aire, venían.

¡Era de verlos, Juan! Todo el espacio para ellos, lo quebraban, lo cerraban, lo abrían, lo cercaban aquí, lo liberaban allá.

Flanqueaba la danza un negro tan inmenso como el primero. Sobre sus hombros, dormido, la cabecita enresortada, un negrito, largo calzón blanco, el cuerpo flojo, metido en el ritmo violento de su padre.

¿Terminaba todo allí? ¿Con negros termina su fiesta el Diablo? No Juan. Faltaba todavía otra danza, la más larga. Indio es diablo también. Ya lo sabía Cortés, el arte mexicano era un canto a todos los demonios.

Hubo que destruirlo entonces. Indio es diablo, es pagano. Uno trabaja siglos para abrirlos a la fe y en cualquier descuido asoman sus viejos dioses, sus costumbres. ¿Les ha mirado los ojos? No son mansos, no son transparentes. Ocultan siempre algo, ocultan ritos, cultos; leen de otra

manera. No terminará nunca la tarea con ellos.

Hacia 1880 Andrés Guachoco encabezó en Trinidad un movimiento mesiánico. Lo mataron. En 1887 se quejaban Daniel Suá: Andrés "disputó al pastor de Trinidad sus ovejas, el culto a Dios y a los hombres la civilización".

Así fue siempre, así será. Esos ojos leen de otra manera, esos ojos hablan de otra forma; no podemos entenderlos. Tantos siglos en diálogo con la montaña y el desierto, ¿qué podemos entender? La montaña y el desierto son el Diablo, es cosa sabida.

Ponchos rojos traían los primeros, rostros huesudos, mirada dura; aunque una luz bailaba en ella, mirada oscura y brillante. Fino pantalón blanco, ceñido a las piernas. Y las zandalas de cuero grueso; atadas a ellas unas gordas espuelas dobles que entrechocaban al avanzar y eran como el estallido de mil estrellas metálicas. Sordo dejaban el aire, el cielo, la tarde, a cada paso.

Y no eran pasos monocordes, no eran de esos que consisten en uno, uno y uno. No. Uno, dos y tres, reventaban las estrellas; uno, tres y dos; dos, uno y tres, se iba enredando y desandando el ritmo.

Detrás, arreadas por los diablos reptilíneos, dos hileras de cholitas, las largas trenzas negras, las ruanas de vicuña, bordadas de lentejuelas, que solo sacan cuando es fiesta, de Dios o del Diablo. Fiesta es fiesta. Media vuelta a la izquierda, media a la derecha, las largas faldas, rojas, verdes, negras, tejiendo figuras en el aire, las trenzas sobre las ruanas, como latiguitos incesantes, los ojos brillosos, algunas con enorme sonrisa, otras concentradas en un sueño, iban.

Ya era la noche, Juan. Las últimas comparsas de indios-diablos pasaban entre nosotros, los mirones. Un día entero llevábamos agarrados a ese desfile infernal. No había luz ya, pero brillaban ojos, dentaduras, espuelas; brillaban danzas y contradanzas, que diablo de noche tiene su propia luz.

La última comparsa se extinguió entre las sombras y los mirones llenamos la calle. No cabíamos en ella y nos fuimos abrazando entre tanto sueño y tanto recuerdo de lo visto. No hablábamos, no hacíamos un ruido, necesitábamos apagar imágenes, bullicio, prodigios.

Nos fuimos desparramando sombra a sombra, como usted dijo, Juan, ya éramos sombras en las sombras finales. Nos fuimos perdiendo entre las callecitas de Oruro, a cuatro mil metros de altura, rodeados de las cuevas en las que habitan los diablos de la montaña, las infinitas cuevas de la Salamanca que usted entrevió en su relato.

Era la noche del sábado, la noche de carnaval. Los diablos más pobres de la tierra habían ganado las calles. Por un día fueron dueños de tierra y cielos, de superficies, de horizontes.

Un día, Juan, que algo es algo cuando a uno lo han condenado por todas las eternidades a vivir enterrado en las miserables cuevas de la Salamanca.